

PARA ENTENDER Y PREPARAR UN JUBILEO EXTRAORDINARIO: EL AÑO DE LA MISERICORDIA

Introducción.

El jubileo ya desde el A.T. es un año de restauración de bienes, de deudas y de relación social (cf. Lv 25,8-22).

El jubileo en la Iglesia comenzó celebrándose cada 100 años (Bonifacio VIII en 1300), luego cada 50 (Clemente VI, 1350) y finalmente se decidió que fuera cada 25 (1475) para que cada generación participara al menos en uno, cuando es ordinario. El jubileo extraordinario es convocado con ocasión de algún acontecimiento especial, y el particular cuando se reduce a una zona.

El último jubileo ordinario fue en 2000 para celebrar los dos milenios del nacimiento del Señor.

I. La Misericordia según en el Antiguo Testamento

Terminología. Dos términos son los más frecuentes, el uno, más antropológico, hace referencia al seno materno (*rehem*) y en plural (*rehamim*) a las vísceras. Así se habla del amor entrañable (Sal 193,13; cf Jer 31,20) o del odio visceral. El otro es más espiritual (*hesed*) y significa amor, fidelidad, lealtad (Os 2,21; 1 Sam 20,8)

En griego de los Setenta y del Nuevo Testamento el término más frecuente es *éleos* y sus derivados (Mt 6,2-4; Lc 11,41; 12,33; Hech 3,2-3.10; 9,36; 10,2.4.31). En la liturgia de la Misa se ha conservado *Kyrie eleison*, así como en algún gesto de misericordia como la limosna (*eleêmosynê* en griego).

En los libros del Antiguo Testamento la misericordia es el atributo fundamental de Dios y la base de su acción con la humanidad entera, con el pueblo elegido y con los pecadores.

Atributo divino: “Dios es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en misericordia y fidelidad” (Ex 34, 6).

La acción de Dios con los hombres: la creación, como aparece ya en el Génesis “Y vio Dios que era muy bueno” (Gen 1,31) y lo subraya el libro de la Sabiduría: “Amas a todos los seres y no odias nada de lo que hiciste; porque si odiaras algo, no lo hubieras dispuesto.” (Sab 11,23).

La acción de Dios con el pueblo elegido es expresión de la misericordia, especialmente la salida de la opresión de Egipto y la donación de la Alianza (Cfr 105, 4-14; Dt 26,5-11). La invocación a la misericordia de Dios es constante (Sal 4,2; 6,3; 9,14; 25,16; 51,3), pero el grito más atrevido lo hace el profeta Isaías: “¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré!” (Is 49,15). La imagen sponsal entre Dios y su pueblo es exponente del amor divino con Israel. Los profetas insisten una y otra

vez con términos llenos de ternura cuando mencionan los primeros tiempos (“me acuerdo de ti, del cariño de tu juventud, del amor de tu desposorio...” Jer 2,2) y cuando llama a la conversión (“Vuelve, infiel Israel”, Jer 3,12). Ezequiel es quien más desarrolla la imagen de la esposa infiel, Jerusalén, en tres capítulos de enorme expresividad (Ez 16,20,23), y concluye con el perdón: “Pero Yo todavía recordaré la alianza que hice contigo en los días de tu juventud y estableceré contigo una alianza eterna” (Ez 16,60). El castigo, el destierro, es también muestra de amor: otros pueblos son aniquilados, Israel saldrá fortalecido (cf Nahum, Jer y Ez como muestra de la tradición deuteronomista y sacerdotal). Los libros sapienciales insisten en el amor de Dios con lenguaje amoroso como hace el Cantar de los Cantares que, a juicio de Orígenes, ensalza el amor de Dios a la Iglesia en lenguaje epitalámico. Pero son los salmos los que con mayor frecuencia y énfasis cantan la misericordia de Dios. Basta releer el salmo litánico 136 que comienza recordando la creación y sigue desgranando los prodigios en Egipto, en el desierto y en la entrada en Canaán, y cada cuatro vv. se repite: “Eterna es su misericordia”

Con los pecadores. La misericordia de Dios es insistente: Ezequiel responde a la aporía del pueblo “los padres comieron los agraces y nosotros sufrimos la dentera”, y dice abiertamente que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez 18,21-23; 33,11). En los salmos se implora el perdón divino con confianza: “Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa” (Sal 51,3). Y en otro lugar: “El Señor es compasivo, lento a la ira y rico en clemencia, no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas” (Sal 103,10).

II. La misericordia de Dios según el Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento muestra que Jesús es *misericordiae vultus*, imagen de la misericordia de Dios, con su presencia, con sus acciones y con su enseñanza.

El misterio de la encarnación es la revelación del amor, de la misericordia de Dios con los hombres (Fil 2-6-14), a quien Pablo llama “Padre de las misericordias” (2Cor 1,3); en la sinagoga de Nazaret Jesús confiesa que ha sido ungido para proclamar un año de gracia (Lc 4,19).

La vida de Jesús es un permanente ejercicio de amor y misericordia: “pasó haciendo el bien” (Hech 10,38). San Lucas, “*scriba mansuetudinis Christi*” narra con detalle los gestos de amor: la señal de que es el Mesías es que cura a los enfermos (Lc 7,22), al parálítico le cura la parálisis y le perdona los pecados (Lc 5,21), se sienta con los pecadores (Lc 5,27-32; 7,36-50; 15,1-2; 19,1-10); se conmueve ante la desgracia de la viuda de Naim (Lc 7,15-17), ante los leprosos (Mc 1,41), ante el endemoniado que se llamaba “legión” (Mc 5,19) y con tantos y tantos enfermos. Incluso se conmueve ante la multitud que no tiene que comer (Mt 15,32), y sobre todo en la Cruz: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). La carta a los Hebreos ensalza a

Jesucristo como sacerdote de la misericordia (Heb 2,7) e invita a “acercarnos al trono de la gracia para alcanzar misericordia” (Heb) 4,16.

La enseñanza de Jesús está impregnada de amor y de misericordia. San Lucas narra que Jesús ante la acusación de que acoge a los pecadores y come con ellos (Lc 15,2) propuso las tres parábolas llamadas de la misericordia, la de la oveja perdida (Lc 15,4-7), la moneda extraviada (Lc 15, 8-10) y con especial énfasis la del hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Los himnos del *Magnificat* (Lc 2,50) y el *Benedictus* (Lc 2,72), recogidos también por Lucas ensalzan la misericordia de Dios. Muchas más palabras sobre el amor de Dios se pueden recoger; nos limitamos a reseñar la Bienaventuranza: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7), de donde se deriva el gran consejo formulado de forma imperativa: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,35), porque como dirá en otro lugar “misericordia quiero y no sacrificio” (Mt 9,13; 12,17). La parábola del buen samaritano (Lc 10,30-37) enseña con lenguaje semita de contrastes que el ideal de santidad es la misericordia con el prójimo, y volverá a señalarlo con más claridad al explicar cómo será el juicio final (Mt 25, 31-36).

III. La misericordia de Dios en la historia de la Iglesia

Desde los inicios de las comunidades cristianas los apóstoles, que tenían todo en común, no abandonaron el objetivo de curar a muchos enfermos (Hch 3,1-10) y de procurar lo necesario a los más necesitados, hasta el punto de que decidieron elegir a unos diáconos que se ocuparan de la caridad, mientras ellos se dedicaban a la predicación (Hech 6,1-7). A lo largo de los siglos se mantuvo este comportamiento, a pesar de los momentos de menor ejemplaridad; baste recordar que en la edad media los monasterios eran lugar de acogida y de atención a menesterosos y necesitados; o la preocupación de atender a los habitantes de América en el tiempo de la conquista.

La enseñanza también ha sido homogénea a lo largo de la historia, como lo demuestra la enseñanza de Orígenes, de San Agustín y más tarde de Santo Tomás. Incluso se ha demostrado que en el tiempo de la Reforma no era cierta la dicotomía planteada por Lutero entre justicia y misericordia, ley y gracia para justificar su escisión bajo el pretexto de que Roma defendía únicamente la ley y la justicia, mientras él profesaba la gracia y la misericordia. El Catecismo del Concilio de Trento propone abiertamente la doctrina de la Iglesia que une la justicia divina y la misericordia.

En el último siglo ha cobrado mayor actualidad el tema de la misericordia, tratado por los últimos Pontífices, en especial el B. Juan XXIII en el discurso de inauguración del Concilio Vaticano II, S. Juan Pablo II en su segunda encíclica *Dives in misericordia* y en la canonización de St. Faustina Kowalska, y Benedicto XVI en sus dos encíclicas *Deus caritas est* y *Caritas in veritate*.

IV. Objetivo del Jubileo de la misericordia

La Bula señala que con el jubileo se pretende tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre “rico en misericordia”. Para conseguir esta finalidad el Papa propone lo siguiente:

-La peregrinación, como signo de la salida del propio egoísmo y aburguesamiento. Es reflejo de la propia existencia humana, somos *viatores*. Se fomentarán, por tanto, las peregrinaciones a Roma y también a otros lugares de especial relieve. Pero lo relevante es remarcar la “iglesia en salida”, es decir, el abandono del propio egoísmo.

-Las obras de misericordia, corporales y espirituales. Las corporales son también la señal de la preocupación por los más débiles y conducen siempre hacia las espirituales. Y vivirlas con gozo ilusionante: « El que practica misericordia, que lo haga con alegría » (*Rm 12,8*).

-El sacramento de la penitencia: facilitarlo y acercarse a él. A este objetivo dedica el Papa varios párrafos, insistiendo en el carácter acogedor de los confesores, en la propuesta de las 24 horas con el Señor que tendrán lugar el viernes y sábado previos al 4º domingo de cuaresma, el envío de los misioneros de la misericordia, etc. En este capítulo todos los educadores tenemos una enorme responsabilidad para que “la palabra del perdón pueda llegar a todos y la llamada a experimentar la misericordia no deje a ninguno indiferente” (*MV 19*)

-Como complemento del sacramento están las Indulgencias. En el sacramento de la Reconciliación Dios perdona los pecados, pero la misericordia de Dios es incluso más fuerte que esto. Ella se transforma en *indulgencia* del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado, habilitándolo a obrar con caridad, a crecer en el amor más bien que a recaer en el pecado (*MV 22*).

Muy importante es motivar para que cada cristiano se sienta elemento activo del jubileo, de modo que tome parte en las actividades que se organicen y, especialmente, los responsables de la educación a todos los niveles que motiven a sus alumnos para que sean conscientes de la importancia de este Año jubilar. Nadie puede sentirse ajeno a estos objetivos, y menos si considera que carece de cualidades o de medios, como se desprende de la parábola de la zarza invitada a dirigir el pueblo de Israel (cf *Jueces 9,8-15*).

Santiago Ausín Olmos, *Profesor Emérito Ordinario de Teología Bíblica*

Pamplona, 26 septiembre 2015